863
S.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ6567
.S5
N37

Es propiedad.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1885.—Imprenta de A. Pérez Dubrull, Flor Baja, 22.

LA COPA DEL OBISPO

LA COPA DEL OBISPO

I.

Amaos los unos á los otros.
(Jesucristo.)

En una pequeña ciudad de una de las más bellas provincias de España, vivia no ha muchos años una familia, compuesta de tres individuos, y que era citada en toda la población como modelo de honradez, de virtud y de laboriosidad.

Estaban representadas en sus tres individuos la primavera, el estío y el invierno de la vida, pues se componia de un joven, de su madre y del padre de ésta, que era bastante anciano.

Empezaré á dar á conocer á mis personajes por este último.

Se llamaba Crisóstomo, y le llamaban señor Crisóstomo : su edad, que llegaria á los sesenta y ocho años, no le habia traido ni la fealdad ni la decrepitud, ni enfermedad ninguna de las que aparecen con los años : era alto, delgado, pero de buen color : dirigia un gran taller de construcción de pianos desde hacia muchos años, y todavia brillaban su inteligencia y su razón.

Era un artista, y un artista español : habia nacido en la severa y laboriosa Cataluña, y vivía en su ciudad natal, sin haber dejado en toda su vida el modesto traje negro de artesano.

El señor Crisóstomo se habia casado á los veinticinco años, con

una mujer cuya pérdida lloraba todavía, á pesar de habérsela llevado Dios tres lustros hacía; y no era extraño, porque su mujer había sido una de esas santas y excelentes criaturas que sólo nacen para la felicidad de todos cuantos las rodean.

La jovialidad del carácter del señor Crisóstomo desapareció el día que su Isidora cerró los ojos para siempre: no obstante, la dulce paz de su alma no podía dejar de escribirse en su rostro francó y leal y en su ancha frente.

Una calma serena y apacible reemplazó á su antigua alegría: y durante algunas horas del día se encerraba á rezar por el alma de su difunta.

La hija de Crisóstomo llevaba el nombre de su madre, y era, como aquélla, una excelente criatura: sólo había una diferencia entre las dos: el carácter de la hija era más enérgico y activo que lo había sido el de la madre: había más calor en ésta, más decisión, que había tenido aquélla.

Isidora era, en la época en que da principio esta historia, una mujer de treinta y seis años, de regular estatura, delgada, algo pálida, y cuya frente estaba aún adornada con hermosos cabellos negros.

Sus grandes ojos oscuros estaban casi siempre bajos; pero cuando los levantaba había en ellos una dulzura singular: se sonreía con frecuencia, pero no se reía jamás á carcajadas: había algo en ella de grave y tierno á la vez.

Su marido había sido oficial de diamantista: ella le había querido con ciega ternura, pero él no la había correspondido del mismo modo: era una cabeza joven y versátil, que se cansaba del trabajo periódico y del severo arreglo que hallaba en su bien ordenada casa: algunos días no iba al taller, en donde, por otra parte, era muy estimado á causa de su extraordinaria habilidad; pero sus repetidas faltas llegaron á incomodar á su principal, que le amenazó con despedirle.

Al verse reconvenido con razón, y cerca de perder el pan de su esposa é hijo, el joven, cuyo corazón era mucho mejor que su cabeza, ofreció la enmienda; pero ya no pudo llevarla á cabo: estaba acometido de una enfermedad del pecho, que en pocos meses le condujo al último extremo.

Isidora y su padre se multiplicaron, por decirlo así, para cuidarle, para procurar que nada le faltase: los dos le amaban mucho; los dos pasaron á su cabecera dos meses enteros, aliviando sus padecimientos por cuantos medios podían idear juntos la ciencia y el amor de la familia: pero de nada sirvió todo esto contra aquella enfermedad implacable y destructora, que jamás ha perdonado á ninguna de sus víctimas.

Isidora perdió á su esposo, al padre de su pequeño Eduardo, que apenas contaba siete años.

El dolor de la viuda fué inmenso; casada casi niña con aquel hombre que había obtenido su primer amor, había reconcentrado en él todas sus afecciones; mucho tardó en consolarse, y cuando lo estuvo algún tanto, declaró á todos los pretendientes que la asediaban que jamás volvería á casarse.

Isidora se dedicó sólo á cuidar á su hijo y á su padre, de cuya generosidad dependían ambos.

Porque el artesano, cuando muere, no puede dejar á su viuda y á sus hijos más que la orfandad, la pobreza y el desconsuelo; con su vida acaba el pan de aquéllos, y la tumba del padre traga también su alimento preciso.

Afortunadamente el señor Crisóstomo ganaba sesenta reales diarios y tenía algunos ahorros; porque él era también tan económico y arreglado, que, después de poner en manos de su hija cuatro pesetas cada día para su manutención, sólo gastaba en mandar decir alguna misa para su querida difunta.

Isidora amaba profundamente á su padre y á su hijo: muerto su esposo, sólo para ellos vivía; y aquella ternura profunda y entusiasta la consoló de su dolor poco á poco, llegando á convertirle en una suave melancolía, en un dulce recuerdo.

Así que se pasó la fuerza primera de su dolor, la llamó un día su padre: la hizo sentar á su lado, y la dijo con voz grave y afectuosa:

—Hija mía, Isidora; tú y tu hijo sois lo que más amo en el mundo. Por tanto, es necesario que os haga pensar y que piense yo mismo en vuestro porvenir: ¿á qué quieres que dediquemos al niño?

—Padre mío (respondió Isidora); yo doy á V. mil gracias por su ternura para con nosotros, y le hablaré con toda franqueza: quisiera que mi hijo tuviese el mismo oficio que su padre.

El anciano hizo un ademán de desaprobación dolorosa.

—¿Acaso no es esta la voluntad de V., padre mío? (preguntó Isidora, que por nada del mundo hubiera querido disgustarle): en ese caso, V. dispondrá, y mi hijo y yo obedeceremos.

—Eso no está bien dicho, Isidora (repuso el anciano): yo no debo mandar en este punto, ni vosotros debéis tampoco obedecerme si mando una cosa injusta: ante todo es necesario consultar la vocación del niño. Llámale, y le hablaremos á ver cómo se explica.

Isidora salió, y volvió dentro de un instante, trayendo de la mano al pequeño Eduardo.

Era éste un niño hermoso, pero delicado y triste, con una estatura demasiado desarrollada para su edad; era alto y esbelto: tenía los ojos rasgados y azules, y largos cabellos rubios y sedosos.

Vestía con gracioso esmero, y el aseo de su chaqueta inglesa y de su holgado pantalón hacía parecer más delicado el dibujo de sus manos blancas y afiladas y de sus piececillos graciosamente arqueados.

—Ven, hijo mío, y respóndeme la verdad á lo que voy á preguntarte,—dijo el anciano con acento persuasivo y cariñoso.

El niño alzó la cabeza y fijó en su abuelo su azul y límpida mirada, que tenía una encantadora expresión de timidez.

—Dime (continuó el abuelo): ¿qué serías tú de buena gana?

—¡Yo, músico!—respondió el niño, bajo cuyos anchos párpados, que había bajado para responder, brilló una centella de entusiasmo.

—¡Tontuelo!—murmuró Isidora con expresión un poco enojada.

Pero su padre la impuso silencio con un gesto elocuente, y volviéndose al niño, continuó:

—Dime, hijo mío: ¿no te acuerdas de aquella hermosa tienda en que trabajaba tu padre?

El niño reflexionó durante breves instantes, y respondió:

—Me acuerdo, así...., un poco...., como en sueño: ¿no había allí algunas cosas bonitas, como relojes, sortijas y cadenas?

—Sí, de todo eso había (respondió el anciano); y muchas cosas más.

Eduardo se encogió de hombros, como quien dice:

—¿Y qué me importa á mí?

—Todas aquellas cosas bonitas, todas aquellas alhajas de valor, las sabía hacer tu padre, hijo mío: ¿no quieres saberlas hacer también?

Y el anciano, al decir estas palabras, miró fijamente á su nieto.

Éste se echó á reir, y dijo con tono de alegre reproche:

—Pero, abuelo mío, ¿para qué necesito saber hacer estas cosas? Lo que yo quisiera saber, era tocar el piano.

—La música podías aprenderla en las horas de recreo....; pero la música no puede darte un porvenir seguro,—dijo el anciano.

Pero el niño, que no pensaba en el porvenir, ni acaso sabía lo que era, volvió al otro lado la cabeza, y se puso á mirar á un mirlo negro y hablador que había en una de las paredes del cuarto de su abuelo.

—Conque, hijo mío (dijo éste), desde mañana irás á la tienda del Sr. Monthobán para aprender el oficio de diamantista: eso será sólo por las tardes, porque por las mañanas seguirás yendo á la escuela para que acabes de aprender á escribir y contar.

El niño oyó aquella decisión con la misma indiferencia que si no la hubiera comprendido; y cuando el abuelo le dijo que ya podía irse á jugar, volvió á ocuparse de sus caballos de madera, como si no hubiera oído nada.

—¡Ah! (exclamó Isidora, con un suspiro de bienestar y de consuelo.) Á Dios gracias, mi hijo será lo mismo que era su padre, y; ¿quién sabe?, quizá llegue tiempo en que él sea el dueño de alguna soberbia tienda de joyas.

Su padre la miró con tristeza y ternura al mismo tiempo: sabía bien que el ser joyero no era la verdadera vocación de su nieto.

II.

Al día siguiente era primero de mes y primero de año : faltaban dos meses á Eduardo para cumplir nueve; su madre le vistió con su traje más bonito, se adornó ella misma con su vestido de seda negro, su pañuelo de espuma bordado, y su mantilla de blonda, y tomando á su hijo de la mano, se encaminó á casa del Sr. Monthobán.

Era un portugués muy grueso, muy rechoncho, muy colorado y muy hablador; pero, por lo demás, lleno de mil apreciables cualidades.

Jamás había querido casarse, por servir de padre y amparo á una hermana mucho más joven que él, que se había casado y era ya viuda y madre de dos niños.

La buena Gervasia era amiga de Isidora ; y entre las dos habían convenido que el mejor porvenir que podían preparar para Eduardo era el de hacerle aprender el oficio de joyero, tan hermoso, tan brillante, y que tan ricas ganancias daba al Sr. Monthobán.

De los dos hijos de Gervasia, el mayor tenía dos años más que Eduardo, y se llamaba Lorenzo; la otra era una linda niña, que contaba tres años menos que su hermano, y que tenía por nombre Julieta.

Cuando entró Isidora, con su hijo de la mano, en el taller del Sr. Monthobán, se hallaba éste inclinado sobre su mesa, y montando unos soberbios pendientes de diamantes.

Detrás de él, y sentada junto á la pequeña puerta de la tienda, cosía Gervasia ; Lorenzo limpiaba algunas alhajas al lado de su tío, y Julieta leía en un libro de oraciones.

Era una niña encantadora, blanca, algo pálida, con ojos y cabellos

negros y mejillas de rosa cuando sentía alguna emoción ; su cabecita, pequeña é inteligente, tenía un candor celestial, mezclado con una viveza llena de gracia y atractivo ; su boquita pequeña y su graciosa frente, no menos que su nariz delicada, la daban un aire de pureza é inocencia admirables.

Lorenzo era rechoncho y moreno, tenía la nariz corta y levantada, los cabellos de un color rubio indefinible, los ojos pequeños, hostiles y huraños, y unas enormes cejas negras que arrancaban de su nariz y se prolongaban hasta sus sienes.

Sus manos eran cortas, gruesas y ordinarias ; sus pies iguales á sus manos ; sus espaldas anchas y cuadradas.

La mirada de Lorenzo tenía un brillo falso y ofensivo ; la envidia y la ruindad estaban escritas en todas sus acciones ; pero su boca sonreía siempre, para encubrir mejor la siniestra expresión de su fisonomía.

—Señor Rodrigo (dijo Isidora, después de los primeros saludos, y después también de haber besado á los hijos de Gervasia) : señor Rodrigo, aquí traigo á mi pequeño, para que V. le diga que desde mañana por la tarde queda admitido como aprendiz.

—¿ Sí, eh? ¡Bueno, bueno!—repuso el flemático joyero, dando un golpecito en la mejilla del niño.

—Vamos, hijo mío; di al señor Rodrigo que trabajarás y te portarás bien,—continuó Isidora, dirigiéndose á su hijo.

Este quiso balbucear algunas palabras; pero no pudo, y las lágrimas acudieron á sus ojos.

—¡Calla! ¿lloras? (gritó Lorenzo, que le observaba de reojo con una maliciosa alegría) : ¿aún te dura el antojo de ser pianista?

—Consuélate, que yo tengo un piano que me ha comprado ayer mi tío, y también darás lección en él,—dijo Julieta al oído de Eduardo, al cual se había ido aproximando de puntillas.

—Vamos, Lorenzo, cállate (le dijo gravemente su madre). ¡Es fuerte cosa que siempre has de meterte en todo! ¿Es extraño que llore cuando va á salir de su casa para venir á esta?

—¡Sí, sí; á otro perro con ese hueso! (respondió Lorenzo) : llora.... llora, yo bien sé por qué.

—Pero como nadie te lo pregunta, cállate.

—¡Lo mismo será éste joyero en toda su vida, que yo arzobispo!

—¿Cuándo dejarás de tener mal corazón? (murmuró Julieta por lo bajo.) ¿Qué gusto hallas en mortificar con tus habladurías á todo el mundo?

—¡Toma! Me da la gana de hablar (repuso Lorenzo con su grosería habitual); quiero hablar: ¿quién eres tú para impedírmelo?

—¿Pero no ves que haces sufrir al pobre Eduardo? Si no le gusta el ser joyero, ¿qué culpa tiene él?

—¡Que le guste; buen remedio! ¡Pues no se hace poco el señor!

Julieta calló.

En aquella dulce niña no cabía el poder de la resistencia.

Su madre y su tío callaron también, por no exasperar la situación de Eduardo, que lloraba en silencio; el hecho era que, ya por una razón, ya por otra, en casa del joyero callaban todos, y la suya *era la última*, como se suele decir, lo que hacía al muchacho cada día más insolente y grosero.

Pero aquellas buenas gentes no podían reprimir sus excesos, ó, mejor dicho, no sabían hacerlo; ellos eran buenos como palomas: ¿qué podían hacer con un viborezno?

—¿Conque desde mañana á trabajar, eh? (preguntó el joyero, dando con la palma de su ancha mano en la fría mejilla de Eduardo): ¿vas á empezar desde mañana?

El niño no contestó, y su madre creyó deber hacerlo por él.

—Sí, Sr. Monthobán (le dijo); desde mañana vendrá mi Eduardo á trabajar con V. y con su amigo Lorenzo; y vendrá muy contento; ¿no es verdad, hijo mío?

El niño no respondió; las lágrimas embargaban su voz.

Su madre le sacudió entonces un golpe en la espalda, irritada de tan largo silencio y de tan intempestiva aflicción.

—¡Habla! (le dijo con voz baja y acento duro é imperioso.) ¡Habráse visto terquedad como ella! ¡Ya sabemos que vienes á la fuerza, holgazán!

El niño quiso hablar, y abrió la boca para articular una palabra, pero no pudo: aquella tienda estrecha y oscura le asustaba; la vista de aquellos instrumentos de acero irritaba sus delicados nervios de artista; Lorenzo le inspiraba aversión; su colorado y bonachón tío, temor, y la señora Gervasia, vergüenza: todo lo que veía en derredor suyo, excepto Julieta, le inspiraba horror.

Aquella niña inteligente y dulce debió sin duda comprenderlo así, porque se levantó, le tomó de la mano, y le dijo:

—Vamos á ver mi piano.

Luego se internó con él en la habitación.

En tanto que las dos madres hablaban del precio de los comestibles, que el joyero trabajaba en la colocación de diamantes, y que Lorenzo canturreaba una canción callejera, sigamos á Eduardo y á Julieta, que, habiendo pasado la trastienda, subían por la escalera interior.

Aún seguían asidos de la mano al terminarla: luego se hallaron en un descanso grande y cuadrado que servía de antesala, y en el cual se abrían dos puertas.

La de la derecha llevaba á la habitación ocupada por Gervasia y su hija, y en aquel mismo lado estaban también el comedor, la despensa y la cocina.

La de la izquierda conducía al aposento del Sr. Monthobán, dentro del cual, y asegurado con doble llave y un enorme cerrojo de hierro, estaba el almacén grande, donde se guardaba la pedrería y los trabajos concluídos: al lado de la alcoba del joyero había otro cuartito para su sobrino.

Una sola criada los servía, y ésta dormía en el piso segundo.

Era una mujer de cincuenta años, soltera, gruesa y medio imbécil, á la cual se le había puesto en la pila bautismal el nombre de Simplicia.

Esta mujer era, por otra parte, excelente: amaba con toda su alma á toda la familia, y sobre todo á los dos niños, aunque Lorenzo la pagaba muy mal su afecto: es verdad que aquel indómito muchacho no quería á nadie en el mundo.

Simplicia sufría con una paciencia ejemplar los insultos y las insolencias de Lorenzo: y aunque su sensibilidad no se podía llamar exquisita, más de una vez se la vió llorar sentada en un rinconcito de la cocina, cubierta la cara con su delantal de cutí azul listado de blanco.

Julieta y Eduardo se dirigieron á la habitación que la niña ocupaba con su madre.

Resplandecía allí una limpieza exquisita, fruto de los desvelos de Simplicia y de la buena dirección de Gervasia.

Los muebles eran de caoba antigua y tallada, pero buena: una

cómoda asimismo de caoba con adornos de bronce, ennegrecidos por el tiempo, ocupaba el testero principal: había allí también dos canapés, cubiertos de indiana persa con grandes ramos de rosas azules y blancas, dos antiguos sillones, y una mesita de jugar á las damas.

De entre todas aquellas antigüedades venerables y veneradas, se destacaba nuevo, elegante, hermoso, radiante de belleza y juventud, un piano vertical de palo santo.

Su teclado y su lindo barniz brillaban á los últimos rayos del sol, que se iban á quebrar en él para hacerle lucir toda su belleza. Dos candelabros de bronce bruñidos y semejantes al oro, estaban sujetos á cada uno de sus extremos, y sostenían dos blancas bujías de esperma: sobre el atril estaba abierto un cuaderno de música, que tenía escrita en aquella página y en las siguientes una de esas admirables sinfonías de Beethoven, tan elocuentes y dulces.

Eduardo se detuvo extasiado ante el piano: hubiérase dicho que tenía para él un atractivo invencible.

—¿Cuándo te lo han comprado?—preguntó volviéndose á Julieta.

—Ayer por la mañana le trajeron (respondió la niña), y creyendo que te alegraría el verle, te he traído aquí.

—¡Oh no! ¡no me alegra! (murmuró el niño suspirando dolorosamente.) Por el contrario, me entristece.

—¡Que te entristece!

—¡Sí!

—¿Pero por qué?

—¡Porque yo quisiera saber tocar el piano!

—¿Para oir cómo son sus voces, verdad? (exclamó Julieta cándidamente.) Pues si no es más que eso, ahora mismo las vas á oir.

Sentóse, dichas estas palabras, y sus ágiles dedos, más lindos que el marfil, porque eran más sonrosados, recorrieron las teclas rápidamente.

Algunos instantes después, Eduardo, sumergido en un profundo arrobamiento, oía aquellas sublimes melodías, y aún escuchaba cuando Julieta se levantó del piano.

La niña era ya, á la tierna edad de siete años, una gran artista.

Cuando hubo terminado su sonata, se levantó, y dijo á su amiguito:

—¿Qué te parece? Es magnífico, ¿verdad?

—¡Sí, magnífico!—repitió el niño con acento triste y dolorido.

—Pues, mira, es del taller donde está tu abuelo: ¿por qué no le dices que haga llevar uno para tí?

—¿No sabes que quiere que sea joyero?—dijo Eduardo con una amargura demasiado profunda para su edad.

—Sí, ya lo sé; pero si á ti no te gusta trabajar en joyas, ¿qué le has de hacer?

—Obedecer: el deber de los hijos es siempre obedecer,—respondió una voz gruesa detrás de los dos niños.

Era Simplicia: Simplicia, que se extasiaba con la música, y que, atraída por los ecos del piano, había entrado en la habitación, y se había sentado en una silla junto á la puerta.

Los pobres niños oyeron aquella voz severa en su misma rudeza, y mirándose uno á otro, repitieron:

—¡Sí, es preciso obedecer!

Luego se asieron de las manos, y volvieron á bajar á la tienda.

—Vamos, ¿ya habéis hecho un poco el tonto en el piano? (preguntó Lorenzo con su acento grosero y burlón.) ¡Qué par de madamitas! ¡Que me claven á mí en la frente todo el dinero que ha de ganar en su vida este marica de Eduardo!

El niño se volvió con las mejillas rojas y los ojos brillantes de cólera para responder á Lorenzo, y sin duda sus palabras hubieran sido muy duras, á no haberle tocado en el hombro su madre.

—Hijo mío (le dijo Isidora con acento grave y tierno á la par): Dios nos manda *sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos*.

Las palabras que iba á pronunciar Eduardo espiraron en sus labios, y la buena madre prosiguió:

—Lorenzo te tiene envidia: tú eres gentil, delicado, y él grosero y nada gracioso; ¿qué es la envidia sino una flaqueza? Sufrámosla, pues, con paciencia, y seamos buenos, porque la virtud es una coraza en la cual se embotan sus dardos envenenados.

—¿Yo le tengo envidia á esa damisela? (exclamó Lorenzo, mirando con iracundos ojos á su compañero de infancia.) ¡Yo! ¿De qué?

—La envidia no tiene motivos casi nunca para ser envidia (repuso con calma grave y dulce Isidora); la envidia, hijo mío, es el sentimiento más ruín y más injusto que existe; sin embargo, en tu pecho

vive, y le devora con sus agudos dientes: ¡desgraciado de ti! ¡Yo te amo casi tanto como á mi hijo, y te compadezco! Pero no separaré á Eduardo de tu lado, y aunque le hieras y le hagas sufrir, yo le diré siempre lo que acabas de oirme: *Sufre con paciencia las flaquezas de tu prójimo*, que es una de las más hermosas obras de misericordia que puedes practicar; ámale, y, sobre todo, compadécele.

Dichas estas palabras con toda la calma y dignidad de una buena cristiana, salió Isidora, llevando á su hijo de la mano. Gervasia la siguió, y cuando estuvieron en la trastienda, abrazó á su amiga.

—¡Quiera Dios (la dijo) que la lección que acabas de dar á ese niño le sea provechosa!

—No lo espero (repuso Isidora); no lo esperes tú tampoco, porque es envidioso.

—Luego lo que tú has dicho....

—Es lo que pienso y lo que creo.

Las dos amigas se despidieron tristemente.

Ambas estaban cruelmente heridas en su amor de madres, que es el más delicado y tierno de todos los sentimientos que se albergan en el corazón de la mujer.

III.

Al día siguiente, á eso de las siete de la mañana, Isidora volvió á la tienda del joyero, llevando á su hijo de la mano, como había hecho el día anterior.

Hacía frío y llovía; era una triste mañana de Enero.

Eduardo iba triste, y casi llorando, conteniendo sus lágrimas únicamente por el temor de disgustar á su madre.

Ya no llevaba su lindo trajecito de los días de fiesta; era la librea del trabajo la que vestía entonces.

Chaqueta y pantalón de grueso paño gris, zapatos de cordobán lustroso como el charol, y gorra de paño negro.

Llegados á la tiendecilla de Monthobán, la madre soltó al niño de la mano y se dirigió al joyero.

—Sr. Rodrigo (le dijo): aquí está mi Eduardo; le pido á V. que le haga trabajar, y que le reprenda cuando sea inobediente ó desaplicado: no tiene padre, y en ello hará V. una buena obra.

—Ya sabes, Isidora (respondió el señor Rodrigo Monthobán, volviéndose con trabajo á causa de su obesidad); ya sabes cuánto quise á su padre, y cuánto hice por él; lo mismo haré por el hijo, está segura de ello.

Isidora se volvió entonces á Gervasia.

—Espero que tú también mirarás por mi hijo; te ruego no permitas al tuyo le mortifique demasiado.

Isidora pronunció estas palabras con voz balbuciente y conmovida: pero su amiga, herida por lo que le había dicho el día anterior, la escuchó con frialdad, y no respondió una sola palabra.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Isidora la tomó dulcemente una mano.

—¿Será posible (dijo) que me guardes rencor por las palabras que dije ayer acerca de Lorenzo? No lo creo, porque ya sabes que le quiero como al mio: Gervasia, sé buena para mi hijo, que no tiene padre.

—Tampoco el mio le tiene,—repuso la viuda, retirando su mano con la misma hiriente frialdad.

—Lorenzo y Julieta tienen la dicha de tener un segundo padre en su tio.

—Tu hijo y tú tenéis á tu padre (respondió Gervasia): no eres digna de lástima, y extraño que ahora quieras disipar mi justo enojo haciéndote la desgraciada.

—¡Basta! (dijo Isidora indignada.) Me volveré á llevar á mi hijo, para que no moleste al tuyo.

Y esto diciendo, asió de nuevo la mano de Eduardo, cuyo corazón latía de gozo al ver que recobraba su libertad.

Pero el señor Rodrigo cambió el aspecto amenazante de la escena apareciendo en medio como un iris de paz.

—¡Vaya, vaya, fuera rencillas! (dijo.) Isidora, desengáñate: los chicos son todos malos, á cual peor: ya ves qué gesto pone el tuyo al trabajo. Lorenzo no es mejor; déjamele, que yo sacaré partido de los dos, y si riñen, les castigaré igualmente; las mujeres no servis para educar chicos.

El grueso joyero no era tampoco muy apto para este cargo; pero tenia una especie de vanidad inocente que se lo hacía suponer así.

Isidora creyó que lo mejor era ceder: aquella amistad que amenazaba romperse después de tantos años; aquel porvenir para su hijo que ella iba á destruir con solo una palabra, la atemorizaron.

—Gracias, señor Rodrigo (dijo con humildad): confio en la bondad de V., y me marcho.

Quiso decir una palabra de despedida á Gervasia; pero no se atrevió, al reparar que no había perdido su aspecto frío y altanero: limitóse nada más á dar un beso en la frente de Julieta, y salió, sin mirar al ruin Lorenzo, al que tenía horror.

Cuando llegó á su casa, la soledad empezó á pesar sobre ella como un manto de plomo.

Ya no tenia á su hijo, su alegre, su dulce y constante compañía.

Su padre había salido para el taller. Isidora se dejó caer en una silla, y por espacio de algunos minutos permaneció sumergida en una meditación profunda.

Levantóse por fin, abrió los cajones de su cómoda, y se puso á sacar todos los objetos que contenia, y que consistian en chales, mantillas, cuellos, pañoletas y dijes de poco valor: todo lo iba colocando sobre una silla después de examinado cada objeto: y acompañaba la acción de dejarle con un triste movimiento de cabeza, como diciendo:

—¡Esto no es bueno!

Quedaron por fin vacíos todos los cajones, y la pobre mujer, desesperando de hallar, sin duda, lo que buscaba, volvió á colocar todo lo que había sacado, y cerró con llave lo mismo que antes estaba.

Luego volvió á meditar, mezclando entre sus reflexiones algunas palabras sueltas.

—Sí (dijo): ella gustaba de las flores, y sobre todo del jazmin. ¿Á ver?.... ¿Tengo yo algún jazmín entre las macetas de casa?.... No...., no hay ninguno.....: pues bien, ¡voy á salir á comprarlo!....

Levantóse, volvió á cubrir su cabeza con la blanca mantilla de las menestralas catalanas, y se dirigió á la plaza del mercado, y al sitio en que se ponen las vendedoras de flores.

Sólo un jazmín había, pero grande, frondoso, hermosísimo; estaba plantado en una maceta ancha, y salian sus ramas por un aparato de cañas y cordeles, formando una especie de lira toda cubierta de blancas y aromadas florecillas.

Isidora preguntó cuánto quería por aquel jazmín al vendedor, y le pidió sesenta reales; el precio era exorbitante, y queria que hubiera rebajado de él; pero la pobre madre estaba angustiada por un sólo pensamiento, fijo, indestructible; quería ablandar un corazón que se mostraba hostil para su hijo.

Dió los tres duros: hizo tomar la maceta á un mozo de cuerda, á quien acompañó ella misma hasta la esquina de la calle del joyero.

Cuando salió el portador, le esperaba ansiosa para preguntarle cómo habian recibido la hermosa planta.

—Había allí un señor trabajando (respondió el mozo, que no podía adivinar la angustia que se ocultaba tras de aquellas preguntas); un señor muy gordo.

—¡Bien, bien! ¿y quién más había?